

de amigos, y uno de sus más insignes bienhechores fué el dux Andrés Gritti (1).

Para la misma orden naciente fué de grande importancia haber enablado en Venecia estrechas relaciones con partidarios de la reforma católica tan eminentes como Gaspar Contarini, Reginaldo Pole y el reformador de los Benedictinos Gregorio Cortese. El jardín del monasterio de San Giorgio Maggiore, del cual era superior Cortese, se convirtió en lugar de piadosas y eruditas conferencias; por lo cual puso allí Bruccioli la escena de sus Diálogos sobre la Filosofía moral (2).

Carafa, que volvió á ejercer el oficio de Superior desde 1530 á 1533, compuso la primitiva regla de los Teatinos. Todo se encamina en aquellos estatutos, á la formación de sacerdotes intachables, á los cuales debía concederse la mayor libertad posible para el ejercicio de sus diferentes ministerios encaminados á la salud de las almas. Las ordenaciones particulares no debían sujetar á los religiosos con obligación de pecado (3).

En la dirección de la Orden procedió Carafa con suma prudencia; y así, habiendo ordenado Clemente VII en Febrero de 1533 (4), la erección de una residencia filial en Nápoles, le puso dificultades, temiendo la dispersión de sus fuerzas todavía pequeñas (5). El Papa, lleno de confianza, dejó en sus manos la resolución; por lo cual Carafa difirió el asunto todavía hasta el mes de Agosto, y luego envió á dos de sus mejores súbditos, Gaetano y Juan Marino, á Nápoles, donde los Teatinos se fijaron muy pronto con estabilidad, apoyados por Juan Antonio Caracciolo. Cuán inflexible se mostrara en la severa guarda de la pobreza, el por otra parte tan blando Gaetano, que había sido nombrado Superior de Nápoles, lo muestra su proceder contra el conde de Oppido,

(1) Cf. *Annali dei Teatini della casa di Venezia, existentes en el *Archivo general de la orden de los Teatinos de Roma*.

(2) Cf. Dittrich, Contarini 212 s. Una hermosa alabanza de Polo se halla en la *carta de Carafa á Giberti, de 1 de Enero de 1533, existente en el Cod. Barb. lat. 5697, f. 33 de la *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. Bromato I, 143 s. En esta regla más antigua nada se dice, de que los miembros deban mostrarse también celosos en rastrear y combatir á los herejes, en lo que Benrath (*Herzogs Realenzyklopädie XV*^o, 41), ve «lo propiamente característico de la nueva orden».

(4) Acta Sanctor., Aug. II, 291 s.

(5) V. la carta á Fuscano, publicada por Bromato I, 234. La fecha que aquí falta (29 de Marzo de 1533), se saca del Cod. Barb. lat. 5697.

el cual pretendía obligar á la Casa de la Orden en Nápoles á admitir rentas fijas. Para substraerse á su influencia, se trasladó Gaetano al hospital de los incurables, y luego recibió una nueva casa de la piadosa María Laurenzia Longa, que había de ser más adelante fundadora de las Capuchinas (1).

También en el recibir nuevos religiosos, era Gaetano tan severo como Carafa (2); y esto, y la exigencia de una perfecta pobreza, explica suficientemente que, después de nueve años de existencia, el número de los miembros de la Orden no pasara de 21 (3). Por esta causa cargaba sobre cada uno de ellos tan gran cantidad de trabajo, que ya en 1529 concedió Clemente VII la conmutación del Oficio divino en otras oraciones, para los demasiado ocupados en estudiar, servir á los enfermos y oír confesiones (4).

El sistema adoptado por los fundadores, de elegir cuidadosamente los novicios, dió muy buenos resultados; pues, los grandes éxitos de los Teatinos se deben referir sin duda alguna en mucha parte, á haberse formado entre ellos un reducido núcleo de personas escogidas, y formadas con una severa disciplina eclesiástica, y como un selecto cuerpo de tropas, con el cual podía Carafa pelear sus batallas. Así pues, la Orden de los Teatinos no vino á ser en manera alguna un seminario de sacerdotes, como al principio se pudo creer; sino más bien, seminario de obispos, que prestaron á la reformación católica servicios de extraordinaria importancia (5). La causa principal de haber fracasado los conatos reformatorios de Adriano VI, había estado en la falta de *órganos apropiados*, para poner en práctica las medidas que se tomaban, y tales los iba á ofrecer ahora la nueva Orden.

En Roma tuvo Carafa muchos adversarios, principalmente entre los curiales aseglarados (6); pero es cosa que honra á Clemente VII el haberse resuelto casi siempre en favor de los tan

(1) Cf. *Annali della casa di Napoli, en el *Archivo general de la orden de los Teatinos de Roma*; Caracciolo, *Vita II, 8 y 10; Acta Sanctor., loc. cit.; Bromato I, 229 s.; Volpicella, Studi, Napoli 1876, 214.

(2) Cf. Bromato I, 115, 145 s., 224 s., 236 s.

(3) Carta á Silvago, publicada por Bromato I, 236. La fecha (23 de Marzo de 1533) está tomada del Cod. Barb. lat. 5697. *Biblioteca Vaticana*.

(4) Bromato I, 173 s. Otros alivios concedió en 1533; v. Bull. VI, 161.

(5) Cf. Bromato I, 111. *El Archivo general de la orden de los Teatinos de Roma* conserva una rica *colección de biografías de obispos teatinos.

(6) V. Sanuto LV, 171. Cf. Caracciolo, *Vita II, 10.

combatidos, y el haber promovido con extensos privilegios el florecimiento de la religión de los Teatinos (1). En atención al aseglaramiento del episcopado, puso Carafa grande ahinco en que su Congregación quedara inmediatamente sometida á la Santa Sede (2); y no se dió tregua ni reposo hasta ver este punto substancial expresamente confirmado por un breve de 7 de Marzo de 1533, en el cual se les otorgaban también otras gracias y privilegios (3).

Alentados y fortalecidos por el favor que les concedía el Papa, trabajaban los Teatinos de día y de noche, según escribía Carafa (4), el cual, aunque fatigado frecuentemente por sus enfermedades (5) se mostraba también incansable en predicar y oír confesiones; con encendido celo de las almas iba en pos de los extraviados, considerando en la conversión de los pecadores la principal incumbencia de un sacerdote (6); y es pasmoso como, con tantas ocupaciones, pudo hallar todavía tiempo para otros trabajos. Después de haberle confiado Clemente VII, ya en el año de 1529, el poner en orden la complicada situación de los griegos en Venecia (7), y la regeneración de los eremitas de Dalmacia (8), su actividad se fué haciendo cada día más extensa. Donde quiera se trataba la cuestión de la reforma, allí se le veía trabajar. Por medio de Giberti procuraba influir en este sentido en el Papa, al cual hacía exhortar con libertad de espíritu. En sus cartas se dirigía no sólo á religiosos extraviados (9), sino también á obispos olvidados de sus deberes. «¿Por qué no predicáis?, escribía á uno de ellos; si no sois apto para hacerlo no debis-

(1) Cf. Caracciolo, *Vita II, 10.

(2) V. la *carta de Carafa de 1 de Marzo de 1533, que se halla en el Cod. Barb. lat. 1697, de la *Biblioteca Vaticana*.

(3) Bull. VI, 161. Cf. la *carta á Giberti de 31 de Marzo de 1533, existente en el Cod. Barb. cit.

(4) *Carta á los teatinos de Nápoles, fechada en Venecia á 1 de Enero de 1534, existente en el Cod. Barb. cit.

(5) V. las *cartas de 15 de Septiembre de 1530 y 1 de Diciembre de 1531, existentes en Cod. Barb. cit.

(6) Así lo dice en una *carta muy hermosa de 25 de Agosto de 1530, que se conserva en el Cod. Barb. lat. 5697.

(7) Cf. Sanuto XLIX, 93 y Bromato I, 170 s. También en el Cod. Vat. 9464 de la *Biblioteca Vaticana*, hay material perteneciente á este asunto.

(8) V. Caracciolo, *Vita II, 7; Bromato I, 172 s.

(9) V. la carta publicada por Bromato I, 202 s. (según el Cod. Barb. lat. 5697, p. 44, pertenece la misma al año 1531, no al 1532).

teis admitir el obispado» (1). En Verona apoyó, secundando un especial deseo del Papa, la actividad de Giberti; y en 1530 acudió en Nápoles á su hermana, con sus consejos, en la reforma de las religiosas dominicas, con muy buen suceso (2). Aquel mismo año puso Clemente VII en sus manos el proceso contra el luterano Galateo, y la reforma, por extremo necesaria, de los Franciscanos de la provincia de Venecia (3). Parecía imposible haberse hecho otra elección mejor; pues Carafa estaba en muy buenas relaciones con las Autoridades de la República, á la cual ensalzaba como asiento de la libertad de Italia y baluarte contra los bárbaros, y con el tiempo fué adquiriendo en Venecia una posición tan peculiar como importante. Sirvió de medianero en las contiendas político eclesiásticas entre la República y Clemente VII, y en éste, como en otros negocios, le sirvió mucho preferir la Señoría á los servicios del Nuncio los de un varón sobre quien no influían intereses privados, que no era prelado sino en el nombre, y vivía consagrado totalmente á las cosas de la Iglesia (4). El prestigio de Carafa en las clases altas fué tan grande, que la recelosa Señoría reclamó sus servicios hasta en negocios puramente políticos, como en las cuestiones de límites con Ferdinando I (5), y le pidió que diera un dictamen sobre la reforma de los asuntos eclesiásticos. Y aun cuando su propuesta, principalmente en lo tocante al castigo de los herejes (6), no tuvo aceptación, sin embargo, continuó siendo muy influyente su posición en la República (7).

No se desanimó Carafa por no haber podido llevar al cabo sus esfuerzos para que se procediese enérgicamente en Venecia contra los herejes (8); antes bien se dirigió entonces á Roma, expo-

(1) *Carta fechada en Venecia á 9 de Octubre de 1532, existente en el Cod. Barb. lat. 5697.

(2) Bromato I, 177 s., 184 s.

(3) Sanuto LIII, 212. Bromato I, 190 s. Muchas *cartas relativas á esto se hallan en el Cod. Barb. cit.

(4) Cf. Gothein, Ignatius 174. Es característica para conocer á Carafa como austero censor de las costumbres, su carta á Contarini, fechada en Venecia á 17 de Octubre de 1533, la cual se halla impresa en el Zeitschr. für Kirchengesch. V, 586.

(5) Cf. Sanuto LIV, 26, 33, 138. Pero el de Habsburgo rehusó á Carafa como sospeito; *ibid.* 266.

(6) Caracciolo, *Vita II, 8. Cf. Benrath, Ref. in Venedig 6.

(7) Cf. Sanuto LIII, 311, 568.

(8) Cf. Sanuto LIV, 239, 241.

niendo al Papa, en un extenso Memorial de Octubre de 1532, las tristes circunstancias religiosas de Venecia; y haciendo, con gran libertad de espíritu, amplias proposiciones para su remedio (1). A par de los procedimientos enérgicos contra los herejes, reclamaba Carafa en aquel escrito, con la mayor urgencia, una reforma fundamental del corrompido clero veneciano; pues sabía muy bien que las solas medidas represivas no atacan más que los síntomas del daño, pero no son suficientes para arrancar sus raíces.

Tres son, exponía Carafa, las fuentes de la herejía: las malas predicaciones, los malos libros y la mala vida. Aquello mismo sobre que tres ó cuatro años antes había llamado la atención de Su Santidad, lo repetía actualmente: debía constituirse una comisión especial, compuesta del Patriarca, de los obispos y de algunos varones piadosos y probados, para examinar á todos los eclesiásticos que quisieran predicar y oír confesiones, acerca de su capacidad, su manera de vivir, su buena fama y la pureza de su fe católica. Sólo á aquellos á quienes se hallara dignos, debería permitirse en lo futuro el ejercicio del ministerio pastoral, y en esta parte no deberían concederse en adelante exenciones. Carafa exhorta con resolución á que no se permita que tales exámenes se hagan por los Generales de las Ordenes; y manifiesta que carece absolutamente de fundamento el temor de que los religiosos á quienes se suspendan las facultades de predicar y confesar, se hagan herejes, ó de que el número de los sacerdotes aprobados venga á ser demasiado pequeño. Mejor es tener pocos sacerdotes, pero buenos. Está á la vista de todos, cuánto importe que los predicadores sean buenos; y todavía es más importante que lo sean los confesores. Las cosas que refiere Carafa acerca de los abusos que en esta parte se habían introducido, explican perfectamente su enojo. Había monasterios de conventuales, donde *fratini*, que ni siquiera eran sacerdotes, se sentaban en el confesonario, sólo para robar un par de sueldos. Por efecto de los terribles escándalos que por esta manera se habían producido, habíase llegado en Venecia á que la mayor parte de la sociedad elevada no se confesara ya ni siquiera en el tiempo pascual. En relación con esto, viene Carafa á tratar de los frailes giróvagos; contra los tales era necesario proceder severamente; se debía

(1) Sobre esta memoria, cuya importancia acentúa con razón Gothein (*Ignatius 175*), cf. nuestras indicaciones, arriba p. 225 s.

poner un freno á la codicia de la Penitenciaría, para que no otorgara tan de ligero dispensas para salir de los monasterios. Precisamente ahora, cuando acababa de ser nombrado un nuevo Penitenciario mayor (1), era la ocasión oportuna para proceder. A los religiosos secularizados debía quitárseles toda cura de almas.

Otra copiosa fuente de gravísimos abusos ve Carafa en la relajación del episcopado. Como quiera que los obispos no cumplen su obligación de residencia, carecen los fieles de verdaderos pastores. Por ambición andan los obispos vagueando por las cortes, y abandonan el cuidado de sus diócesis á religiosos depravados, los cuales usurpan el nombre de obispos titulares ó sufragáneos. Estos individuos confieren por dinero las órdenes sagradas á muchos candidatos totalmente indignos é inútiles, y hasta á muchachos de 16 años. De ahí se origina en el pueblo el menosprecio del estado sacerdotal y de la santa misa. En vista de semejantes escándalos, ¿qué podremos contestar á los herejes que se regocijan con ellos? Todo este negocio, exclama Carafa, es tan sucio, que por todas partes se extiende su hedor. Cuando á pesar de las excelentes ordenaciones del año de 1524, se hallan todavía, aun en la misma Roma, muchos que confieren las órdenes sin conciencia, puede calcularse cómo pasarán las cosas en los dominios venecianos. A todos estos obispos titulares faltos de conciencia, se les deben quitar las facultades de conferir órdenes, y á los ordenados se los debe examinar severamente, y suspender á todos los indignos.

Al final vuelve todavía á hablar Carafa otra vez de la increíble depravación de las Ordenes, de cuyo estado depende la salud ó la ruina del mundo. Y que Carafa no exagera en sus descripciones de la relajación que en esta parte se había introducido, colígese de las relaciones contemporáneas de las Nunciaturas. Pero por muy grande que fuera la llaga, aún había remedio, acentúa Carafa, con sólo que el Papa quisiera emplearlo. Dos cosas, ante todo, eran necesarias: poner coto á la ulterior decadencia en las Ordenes relajadas, y dar libertad de acción á los pocos buenos, separándolos de los malos. Este era el único camino para la reforma, el

(1) El anciano cardenal L. Pucci, penitenciario mayor (cf. sobre el mismo nuestras indicaciones vol. VII, p. 101), había muerto en otoño de 1531; v. Ciconius, III, 338. Sobre la conducta de Pucci en la causa de M. Bandello, el año 1526, v. *Giorn. d. lett. Ital.* XXXIV 85 s.

cual había comenzado á seguirse ya en tiempo de Eugenio IV, y recientemente se había aplicado con buen suceso en España y Portugal. Aun cuando todas las Ordenes necesitaban de reforma, ocurría esto principalmente con los Franciscanos; por tanto debía principiarse por ellos, y á la verdad, en primer lugar, en Venecia.

2

Una tan comprensiva reforma del clero secular y regular, cual Carafa requería para Venecia, en su memorial de Octubre de 1532, habíala ya comenzado á entablar desde 1526 en la diócesis de Verona, un miembro del Oratorio del Amor divino. Este varón, que inauguró allí la mudanza en mejor, era uno de los más fieles amigos de Carafa, y al propio tiempo, de los más íntimos confidentes de Clemente VII: *Juan Mateo Giberti* (1).

Nacido en Palermo el año de 1495, hijo ilegítimo de un Almirante genovés, ya á los 18 años de edad fué Giberti nombrado secretario del cardenal Médici, muy contra sus deseos; pues el piadoso joven, lleno de amor á la soledad, hubiera querido entrar en una Orden religiosa; pero, sin embargo, se allanó á la voluntad de su padre (2). Como secretario del cardenal, mostró Giberti tanta adhesión á su Señor, que no sólo alcanzó la absoluta confianza de éste, sino también el favor de León X (3); con el tiempo fué iniciado en los más graves negocios políticos y eclesiásticos,

(1) Cf. la biografía, escrita por P. Ballerini, de mucho valor todavía, en *J. M. Giberti Opera* (Veronae 1733 y Hostiliae 1740, junto con los documentos allí reunidos) como también las explicaciones circunstanciadas de Kerker, *Kirchl. Reform* 13 s., y Dittrich, *Kathol. Ref.* 1 ss. Cf. también Spotorno, *Stor. lett. di Liguria* III, 112 s. Tucker en la *Engl. Hist. Review* XVIII (1903), 24 s., 266 s., 439 s. Recientemente ha traído mucho material nuevo G. B. Pighi, *Gian Matteo Giberti*, Verona 1900; aquí en el apéndice III ss., hay también una impresión revisada de la justificación del mismo (*Giustificazione*) ante el gobierno veneciano, muy importante para la historia de Giberti. Todavía no se han utilizado los documentos sobre Giberti que yacen en el *Archivo de la familia Missini-Giberti de Orvieto*, el cual por desgracia no es accesible.

(2) *V. Giustificazione*, publicada por Pighi, VI.

(3) Cf. nuestras indicaciones, vol. VIII, pág. 159.

y tuvo una parte muy importante en la conclusión de la alianza ofensiva imperial-pontificia de 8 de Mayo de 1521 (1).

A pesar de su grande actividad política, todavía halló Giberti tiempo para consagrarse á su formación intelectual; vivió en muy estrechas relaciones con muchos humanistas de la Roma leonina, y su casa se convirtió pronto en el favorito lugar de reunión de los mismos. Tuvo particular intimidad con Vida, el cual celebró también en una hermosa oda la ordenación sacerdotal de Giberti (2).

Después de la muerte de León X, continuó Giberti al servicio del cardenal Médici, quien le confió una misión para Carlos V y Enrique VIII. Habiendo regresado por España, se dirigió á Roma en compañía de Adriano VI, y ya entonces, aunque era todavía muy joven en los años, parecía un anciano por su prudencia y virtud (3). No es, pues, de extrañar, que Clemente VII le nombrara su Datario y se sirviera de él casi como de un primer Ministro (4). Giberti hubiera preferido el tranquilo cumplimiento de sus obligaciones sacerdotales, á su nueva posición, á la verdad muy influyente, pero no menos desasosegada; mas no tuvo bastante entereza para oponer una resuelta negativa; la fidelidad á su Señor dió el golpe decisivo, y la misma fué la que convirtió á Giberti, en otro tiempo sumamente adicto al partido imperial, en el más fogoso defensor de la liga de Cognac (5). En aquellos años de incansable ocupación política, así en Roma como en sus misiones en el extranjero, desplegó una actividad asombrosa; pero por el exceso del trabajo, se acarreó una irritabilidad excesiva. Su gestión como Datario fué intachable, y asimismo se mostró también en las otras cosas hombre de carácter recto, y estuvo en íntimas relaciones con las personas más recomendables de su época, entre otras con Victoria Colonna (6). Con razón, pues, pudo dispensarle el Papa la mayor confianza.

(1) *Giustificazione* publicada por Pighi, VII.

(2) *Giberti Opera* V; cf. *ibid.* 332 s. otras poesías á Giberti. Sobre su comunicación con M. A. Flaminio, v. *Cuocoli* 53 s. y *Atti d. Ist. Veneto* LXV (1905—1906), 208 s.

(3) Ortiz, 224.

(4) Cf. vol. IX, p. 206.

(5) Cf. vol. IX, p. 232 ss. Su *Giustificazione* publicada por Pighi VI s., es grandemente significativa para entender el concepto que formó Giberti de su posición.

(6) Cf. Gothein, *Ignatius* 180 y Reumont, *V. Colonna* 45, 84 s. V. además

Ya en Agosto de 1524 había otorgado Clemente VII á su Datarario, á pesar de la resistencia de éste (1), el obispado de Verona (2). Giberti se hubiera marchado en seguida de Roma, de la mejor gana, para consagrarse á poner en orden su desamparada diócesis; pero el Papa retuvo á su fiel servidor; el cual hizo, sin embargo, desde Roma, todo lo posible para regenerar en lo moral y en lo científico al relajado clero secular y regular de Verona, en cuya empresa le ayudó Clemente VII con prontitud de ánimo (3). También se asoció Giberti con gran calor á los conatos de reforma que tantas esperanzas alimentaron en los primeros años del gobierno de este Papa, y fué en realidad el alma de todo lo bueno que se hizo en Roma (4). Con Carafa estaba en las más íntimas relaciones, y le prestó los más importantes servicios, principalmente para la fundación de su Orden (5); deteníase con sumo gusto en la piadosa compañía de los Teatinos y en el Oratorio del Amor divino, lamentando que la dura labor política reclamara la mejor parte de su tiempo.

A pesar de su creciente disgusto por la vida política (6), perseveró Giberti fielmente al lado del Papa, pasó con él en Roma los calamitosos años de 1526 y 1527, y le acompañó en su cautividad en el castillo de Sant-Angelo. Desde allí tuvo que ir en rehenes al campamento imperial, donde le cargaron de cadenas y faltó poco para que le ejecutaran (7).

En aquellos terribles días se despertó en él con creciente fuerza la antigua y nunca extinguida inclinación á una vida quieta y totalmente entregada á las cosas espirituales. Hacíase entonces los más graves reproches, por no haber seguido antes la voz de Dios que le exhortaba á cumplir su obligación de residencia.

Lett. di V. Colonna a G. M. Giberti ed. Giuliani, Verona 1868 (Publicación para bodas); Ferrero-Müller, Carteggio di V. Colonna², Torino 1892, y P. D. Pasolini, Tre lettere ined. di V. Colonna, Roma 1901 (Publicación para bodas).

(1) Cf. Lett. d. princ. II, 49^a.

(2) V. *Acta consist. del vicedecano, existentes en el *Archivo consistorial*. Cf. Sanuto XXXVI, 522 s., 526 s., 584. Sobre una poesía publicada entonces, «Verona ad Clementem VII», v. Giordani, App. 7.

(3) Cf. Ballerini, Giberti Opéra, ix s.; Pighi, 51 s. V. también Sanuto, XLI, 82, 142, 289.

(4) Cf. Kerker, Kirchl. Ref., 11.

(5) Cf. Sanuto, XLIII, 533.

(6) Cf. las cartas publicadas por Pighi, 40 y xix.

(7) Cf. vol. IX. p. 374.

Desde su prisión rogó á Carafa, á 15 de Noviembre de 1527, que fuera en su lugar á Verona, y reformara la diócesis; y al propio tiempo expresaba la esperanza de que por ventura aquella grave calamidad le haría posible lo que por tanto tiempo había anhelado; es á saber; retirarse de la vida política y dedicarse exclusivamente á sus incumbencias eclesiásticas. «De buena gana sufriré yo estas prisiones, añade, si han de serme ocasión para librarme de otras cadenas que no me eran menos pesadas» (1).

Giberti logró evadirse de sus atormentadores, y en Orvieto declaró al Papa su firme resolución de retirarse á su obispado (2). Inútilmente procuró Clemente VII detenerle á su lado; ya á 7 de Enero de 1528, llegó Giberti á Venecia, donde uno de los primeros á quienes visitó fué Carafa (3), con quien estaba totalmente de acuerdo respecto de la reforma eclesiástica, de la mejor formación y severo examen del clero, y un eficaz restablecimiento de la disciplina religiosa (4). Si ya antes había sido el mismo consejero suyo en las cosas espirituales, no menos lo fué entonces cuando Giberti emprendió la obra de transformar su aseglarada diócesis en ejemplar de un obispado reformado.

Lo que hizo en este respecto, no se puede comprender mejor que por la descripción del estado en que halló las cosas en su diócesis. Eran muchos los párrocos que no cumplían con su residencia, y confiaban la cura de almas á mercenarios, los cuales eran en su mayor parte sujetos indignos y corrompidos. La ignorancia de muchos de ellos era tan grande, que Giberti hubo de hacer traducir al italiano las rúbricas del misal, para uso de los que no entendían el latín. El ejercicio de la predicación se había abandonado enteramente en algunos sitios, la práctica de la confesión había degenerado en laxismo, y las iglesias estaban tan descuidadas, que ofrecían el aspecto de establos. Conforme á esto era el embrutecimiento del pueblo, sumergido en los vicios más repugnantes (5).

(1) Giberti Opera, 239-240. Cf. Bromato, I, 166 s.

(2) V. la *carta de Salviati á Castiglione de 29 de Enero de 1528, existente en Nunziat. di Francia, I, 159. *Archivo secreto pontificio*.

(3) Cf. Sanuto, XLVI, 463.

(4) Benrath en Herzogs Realenzyklopädie, VI³, 627, ha hecho resaltar vivamente y con verdad la gran semejanza de estos dos hombres en sus ideas de reforma.

(5) V. Giberti Opera, LXI s., y Kerker, Kirchl. Reform, 14 s.

Con grande ánimo y no menor prudencia y reposo, acometió Giberti la empresa de introducir una mudanza en tal estado de cosas, procurando, en primer lugar y sobre todo, influir con su propio ejemplo. Siguiendo la mala costumbre de la época, se había también procurado Giberti mucho mayor número de beneficios de los que era justo (1); mas ahora renunció á todos aquellos que tenían aneja cura de almas; y las rentas de los otros, que creyó poder conservar sin escrúpulo de conciencia, las empleaba solamente para fines benéficos (2). También, en otro concepto, introdujo en su manera de proceder una gran mudanza; desapareció la jovialidad que siempre había conservado á pesar de la grave carga de los negocios, y se trocó en el severo carácter ascético con que es conocido (3). Repartía los días entre la oración y el trabajo, en su mesa reinaba una extremada simplicidad, y en sus funciones eclesiásticas daba á todos el mejor ejemplo (4); incansable en conceder audiencias, hacía entrar en primer lugar á los pobres, luego á los campesinos, y en último lugar á los moradores de la ciudad. Aquel hombre de tan vehemente índole, escuchaba con gran paciencia los negocios de todos, y estaba dispuesto á ayudar á cada uno con sus auxilios y consejos (5).

Desde luego comenzó á entablar en su diócesis reformas decisivas, en las cuales dió siempre á conocer el tino práctico adquirido con tan larga ocupación en los negocios. Entonces se descubrió cuán grande importancia tenga la residencia de un obispo. Ya antes había procurado introducir reformas por medio de sus representantes; mas ahora que se halló presente por su propia persona, las cosas sucedieron por muy distinta manera. Ya en Noviembre de 1528 escribían desde Verona: Los sacerdotes de esta diócesis se hallan por extremo sorprendidos; todos son examinados, los indignos ó ineptos suspendidos ó depuestos de sus oficios; las cárceles están llenas de concubenarios, se predica sin intermi-

(1) Además de Giorn. d. lett. Ital., VI, 273 y XLV, 68, cf. los *favores que le concedió Clemente VII, en Regest. Vat. 1244, f. 17; 1245, f. 4, 41; 1246, f. 69; 1247, f. 42^b; 1248, f. 217; 1260, f. 106; 1263, f. 235; 1275, f. 245; 1283, f. 162^b; 1291, f. 220; 1297, f. 4 del *Archivio secreto pontificio*.

(2) V. Giberti Opera, IX, y Pighi, 65 s.

(3) Cf. Ferrajoli en el Giorn. d. lett. Ital., XLV, 68 s.

(4) Cf. Sanuto, XLVI, 604 y LV, 96.

(5) V. Giberti Opera, 304 s., 312 s. Giberti es calificado de colérico por Sanuto, XLI, 289.

sión al pueblo, se fomentan los estudios, y el obispo da el más plausible ejemplo con su forma de vida (1).

En Enero de 1529 emprendió Giberti la visita de su diócesis (2), queriendo de esta manera entablar prácticamente sus numerosas ordenaciones, y por esta causa consagró la mayor atención á tales visitas, las cuales, parte hizo personalmente y parte mandó hacer por delegados (3). Con muy pequeño acompañamiento iba de aldea en aldea, lleno de tan santo celo, que no retrocedía ante ningún obstáculo; y en cierta ocasión estuvo á pique de ahogarse al vadear un arroyo que venía crecido. Llegado á una parroquia, se acomodaba de muy buena gana en el más mezquino hospedaje, y examinaba con el mayor cuidado la conducta de los eclesiásticos, el estado de los templos y la vida del pueblo, anotando en un libro especial el resultado de tales investigaciones. Para no exponerse á la parcialidad en los informes, oía también á los legos y los consolaba de palabra y obra en sus tribulaciones; para poner término á enemistades añejas, aquel hombre de tan exquisita cultura visitaba á los más groseros patanes y exhortábalos á la reconciliación hincado de rodillas. Supo juntar por maravilloso modo la blandura con la severidad. En casos graves

(1) Sanuto, XLIX, 161.

(2) V. Pighi, 71, 99 s. Para lo que sigue cf. especialmente Ballerini, *De restituta per Gibertum ecclesiastica disciplina*, y P. F. Zini, *Boni pastoris exemplum in Giberti Opera*, LXI s., 253 s., como también las excelentes descripciones de Kerker, 15 s. y Dittrich, 28 s. El primero designa la visita como el nervio de la administración episcopal de Giberti. Giberti ha puesto de manifiesto sus máximas en las célebres *Constitutiones Gibertinae* (*Opera*, 1 s.), de las que se tratará todavía en el tomo siguiente.

(3) En el *Archivio episcopal de Verona* consérvanse todavía, de los *documentos pertenecientes á las visitas, los tomos siguientes; 1. Documentos del siglo xv; 2. *Visitatio dioc. Veron. facta per rev. d. vicar. Calist. Amadosi A. 1525 et 1527 sub rev. ep. J. M. Giberto* (aquí hay interesantes ejemplos de la corrupción de costumbres de los seglares); 3. *R. d. J. M. Giberti ep. visitatio ecclesiarum Veronae, 1529, 1530-1531, 1534, 1537*; 4. *Visitatio dom. Marcelli episc. commiss. et vicar. 1529*; los tomos 5 y 6 faltaban en 1597, cuando yo visité el archivo; 7. *Visit. rev. d. episc. Veronen. inc. die 18. Aprilis 1532 usque ad diem 17. Aug. 1533 facta per rev. d. Philippum Stridonium deleg. a rev. d. Giberto*; 8. *Visitaciones Veronen. dioc. a J. M. Giberto* (comienza así: *In nomine dom. Amen. A° 1541 die vero merc. 4 mensis Maii rev. J. M. Gibertus Dei et apost. sedis gratia episc. Veron. et eiusdem s. sedis legatus post generalem visitationem civitatis factam intendens similiter visitare diocesim contulit se primo ad hospitale aurificum, etc.*); 9. *Visit. dioc. Veron. facta per J. M. Gibertum*, comienza en el 30 de Mayo de 1541. No existen más documentos del tiempo de Giberti.